

SANGRIENTO SUCESO EN EL TEATRO DE ESLAVA

VIDAL Y PLANAS MATA DE UN TIRO A LUIS ANTÓN DEL OLMET

Cómo se supo la noticia.

Una tragedia en la que han intervenido dos escritores jóvenes y conocidos: Alfonso Vidal y Planas y Luis Antón del Olmet, ha conmovido hoy a todo Madrid.

La primera noticia del drama la tuvimos a las tres y media, poco después de ocurrir el suceso. Desde el Teatro Eslava se nos dio un telefonazo tan lacónico como abrumador. Alagón, el notable actor de la compañía de Martínez Sierra, se limitó a decirnos: «Vidal y Planas acaba de matar de un tiro a Antón del Olmet. Venid a escape».

Extrañados ante la magnitud de la noticia, que no acertábamos a explicar, dada la gran amistad que unía a los protagonistas, a lo que añadimos el hecho de que anoche, a las nueve, los vimos en la calle Mayor cogidos del brazo en amigable camaradería y hablando en tono de broma, salimos para el Teatro Eslava.

La noticia de lo ocurrido debió correr con gran rapidez por Madrid, como lo demuestra el hecho de que media hora después del suceso, ya se hallaban a la puerta del teatro, la que da acceso al escenario y a los cuartos de los artistas, muchas personas que inquirían, entre curiosas y emocionadas, detalles de la tragedia.

Con grandes esfuerzos logramos por fin entrar al teatro.

Gran Impresión.

No acertamos a describir la impresión que reinaba entre los artistas del Eslava, que se hallaban precisamente ensayando una obra de la víctima.

Agrupados a la puerta del antedespacho del saloncillo de autores estaban casi todos los actores y actrices de la compañía, que apenas se veían capaces de responder las preguntas que les hacían. Catalina Bárcena, apoyada en el quicio de dicha puerta, con un pañuelo entre los dientes, extremadamente pálida, mostraba gran desorientación ante lo ocurrido. La señora Corona, actriz de la compañía, sólo decía: «¡Señor! ¡Señor! ¡Qué cosa más terrible!». Collado, Martori, Vázquez, Alagón, Crespo y los restantes actores del teatro, con verdadera angustia reflejada en el semblante, iban, como podían, respondiendo a las preguntas que unos y otros les dirigían.

Dónde ocurrió la tragedia.

Vázquez, el conocido actor de la compañía de Eslava, nos acompañó al lugar donde había ocurrido la tragedia.

Frente por frente de la puerta recayente al pasadizo de San Ginés, por donde se entra al escenario y a la contaduría, formando ángulo con ésta, hay otra entrada sin puerta, sólo cubierta por una cortina, que conduce al saloncillo donde los autores que asisten de tertulia al teatro suelen reunirse. Este saloncillo tiene una especie de antedespacho, adornado con un bargeño estilo español y unos cuantos muebles de los que sirven para vestir las obras que se montan en el dicho teatro. Entre estos dos muebles figura en el centro del antedespacho un diván de los llamados de cadera, con alto respaldo, de dos asientos, forrado de seda azul y gris, a flores. En este sillón fue donde se desarrolló el drama.

El antedespacho tiene otra puertecita de escape, enfrentada con la principal, que conduce a un pasillo donde están instalados varios cuartos de los artistas de la compañía, entre ellos los del actor Collado y su esposa, la señora Esparza.

En el antedespacho no se notaba el menor desconcierto ni desbarreglo en los muebles. Todo estaba en orden, como si nada allí hubiese ocurrido: ni la más leve mancha de sangre, ni aun el más nimio detalle de lucha o de violencia en el

diván mismo en el que Olmet había sido agredido.

El ensayo de *El capitán sin alma*.

La compañía de Martínez Sierra estrenó este verano en su *tournee* por provincias el drama en tres actos de Antón del Olmet titulado *El capitán sin alma*, que alcanzó gran éxito en Valencia y San Sebastián.

Esta obra figuraba en la lista de estrenos que el Sr. Antón del Olmet anunció para la temporada de Madrid.

Estrenadas ya varias obras por la compañía, le tocaba el turno a *El capitán sin alma*, que comenzó a ensayarse el pasado viernes, y cuyo estreno iba a tener lugar el viernes de la próxima semana.

El Sr. Antón del Olmet tenía puesta toda su confianza en el estreno, concurriendo desde el primer día a los ensayos para cuidar con todo esmero los detalles precisos.

El Sr. Antón del Olmet llegaba al teatro alrededor de las tres y cuarto, y allí, en el escenario, dirigiendo el ensayo en unión del Sr. Martínez Sierra, permanecía hasta que terminaba el repaso de las escenas señaladas en la tablilla.

La llegada de los protagonistas.

También hoy, como de ordinario, se ensayaba en el Eslava *El capitán sin alma*, a la que tenía que concurrir el Sr. Antón del Olmet. Los ensayos estaban anunciados para las tres,

Poco después de esta hora se presentó en el teatro el Sr. Vidal y Planas, que preguntó al portero:

—¿Ha llegado ya el Sr. Antón del Olmet?

El portero le respondió negativamente, aunque le advirtió que no tardaría, puesto que el ensayo había comenzado hacía unos momentos.

—Entonces le esperaré —repuso Vidal y Planas.

Y fumándose un cigarrillo penetró en el antedespacho del saloncillo de autores, desde donde se domina, como ya dijimos, la entrada al teatro. El antedespacho estaba a oscuras. Vidal y Planas se sentó y quedó esperando la llegada de Antón del Olmet.

No tardó en llegar al teatro el autor de *El capitán sin alma*.

Entró precipitadamente por llegar con retraso. Al pasar frente al saloncillo, Vidal y Planas le dijo:

—Luis, un momento, que deseo hablarte unas palabras.

—Bueno, pero prontito, que ya debe haber comenzado el ensayo.

Y confiadamente Olmet penetró en el antedespacho, donde era requerido por su viejo colaborador.

La disputa y la agresión.

Mientras ambos amigos hablaban a solas y casi a oscuras, pues la luz continuaba apagada, la compañía estaba toda en escena, a excepción de la actriz Sra. Corona, que por no participar en el acto ensayado, se dirigía por el pasillo, sito a espaldas del antedespacho, a su cuarto.

La Sra. Corona oyó voces en el lugar donde Antón del Olmet y Vidal y Planas conversaban. Sabiendo la gran amistad que les unía, le extrañó sobremanera el altercado, y momentáneamente puso un poco de atención a lo que se decía.

Vidal y Planas decía a Antón del Olmet:

—Lo que me has hecho no está bien, y no te lo perdono.

A lo que Antón del Olmet objetó:

—Estás excitado. Serénate un poco y escúchame.

—No puedo escucharte. Eres un miserable, y te voy a matar —respondió más excitado Vidal.

Inesperadamente, la Sra. Corona, tras un breve silencio, oyó una detonación. Aún siguió prestando atención, y al oír un quejido angustioso del Sr. Olmet acompañado de las palabras: «¡Me has matado!», huyó despavorida hacia el escenario, donde presa de una gran alarma gritó:

—¡Creo que han disparado en el saloncillo! ¡Un tiro! Y estaban allí Antón del Olmet y Vidal y Planas.

Actores y actrices abandonaron rápidamente el escenario, dirigiéndose los hombres hacia el saloncillo.

Antón del Olmet, herido de muerte.

Los primeros en llegar al saloncillo fueron el Sr. Vázquez y el empleado de contaduría, D. Acisclo Gil.

El Sr. Vázquez penetró en la habitación, donde reinaba un gran silencio, encendió la luz y se encontró tendido al pie del diván al Sr. Antón del Olmet y quejándose débilmente. Al ver al Sr. Vázquez le dijo:

—¡Vázquez, me ha matado!

Vidal y Planas, pálido como la cera, de pie junto a su víctima, sujetando aún en la diestra un revólver negro de bolsillo, miraba estúpidamente, como atontado, a un Olmet que se retorcia en el suelo, llevándose las manos al pecho, como si no pudiera respirar.

El Sr. Vázquez interpelló entonces a Vidal y Planas:

—¿Qué has hecho?

A lo que Vidal contestó fríamente, como si la pregunta no fuera con él:

—Nada, que era un miserable, y le he matado.

Estando en éstas, mientras el Sr. Vázquez subía con gran esfuerzo al Sr. Antón del Olmet al diván, llegó a la estancia el actor Sr. Baena, y tras éste, otros compañeros.

El Sr. Baena preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, nada —respondió ya más consciente de lo que había hecho el Sr. Vidal—. Que he matado a Olmet. ¡Perdonadme, perdonadme!

Y se echó a llorar en brazos del Sr. Baena, que le arrebató entretanto el revólver de la mano.

—¡Perdonadme, perdonadme todos! —repetía el agresor—. ¡Yo he sido, yo he sido! ¡No me resisto, no me resisto! ¡Llamad a los guardias!

El Sr. Baena, una vez hubo guardado el revólver, sacó del antedespacho al autor de la agresión y le dijo:

—Pues vamos, acompañame.

Y dirigiéndose al Sr. Vázquez, que atendía al herido, añadió:

—Y tú, Vázquez, llévatelo a la Casa de Socorro.

Entrega del agresor. Un guardia en peligro.

El Sr. Baena salió del teatro con el agresor, y al llegar a la calle del Arenal, se dispusieron a tomar un coche. Al tiempo que entraban en uno, llegaron dos guardias de Seguridad noticiosos ya de lo ocurrido; al ver al pistolero dentro del vehículo, lo invitaron a bajar para hacerlo detener.

El Sr. Baena dijo entonces que en efecto, el joven que le acompañaba era autor de una agresión y que le conducía a la Comisaría.

Los guardias, que eran Gabriel Santos, número 561, y Florentino Fernández, número 56, se opusieron a que continuara en el coche, por lo que el Sr. Baena y el Sr. Vidal y Planas pusieron los pies en tierra.

Los guardias hicieron llevar nuevamente al detenido al Teatro Eslava. Y se disponían a cachear al agresor en el cuartillo del teléfono, cuando el Sr. Baena dijo que ya lo había desarmado y que en su poder se hallaba el revólver.

—¿Está descargado? —preguntó uno de los guardias.

—Creo que sí —respondió el Sr. Baena. Y dándole al gatillo, disparó sin querer la pistola, siendo milagro que no hiriese al guardia.

Gabriel Santos se hizo entonces cargo del arma homicida, y saliendo nuevamente del teatro, subieron los cuatro al coche de antes, que los condujo a la Comisaría del Centro.

Muerte del Sr. Antón del Olmet.

El actor Sr. Vázquez atendía mientras tanto al herido, esperando la llegada de un coche avisado de inmediato. Cuando llegó, sacaron entre cuatro actores al Sr. Antón del Olmet, y una vez lo hubieron colocado correctamente en el coche, se dirigieron a la Casa de Socorro.

Durante el trayecto, el Sr. Antón del Olmet, entre angustiosos quejidos, repetía al Sr. Vázquez:

—¡Vázquez, mátame, mátame, que me ahogo!... ¡Que me ahogo!... ¡Me ha matado!...

Cuando llegaron a la Casa de Socorro, situada en la calle de las Navas de Tolosa, aún vivía el desdichado escritor, pero los médicos no pudieron prestarle auxilio alguno.

Cuando ya en la mesa de operaciones se disponían a reconocerlo, Antón del Olmet falleció, sin haber pronunciado más palabras que las transcritas.

El parte facultativo, que firman los doctores D. Ignacio Bolívar y D. José Cañamaque (a los que auxilió el ayudante D. Antonio González), dice que Luis Antón del Olmet, de treinta y ocho años, escritor, con domicilio en Lope de Rueda, 15, falleció víctima de una herida de arma de fuego, con orificio de entrada por debajo de la axila izquierda, y sin orificio de salida, con trayectoria arriba-abajo, y con destrozo interior.

El Juzgado de Guardia.

Momentos después de ocurrido el suceso, se personó en la Casa de Socorro el juez de guardia Sr. Porrero, que levantó la correspondiente acta, dejando consignado que al ingresar en el citado centro benéfico, el agredido falleció sin poder prestar declaración.

En la Comisaría. Una escena emocionante. «Me quería ahogar».

Desde la Casa de Socorro se trasladó el juez a la Comisaría de Centro, donde se hallaba ya el detenido, los guardias que habían intervenido en la detención y algunas de las personas que se hallaban en el Teatro cuando aconteció la tragedia.

El Sr. Porrero se encerró en el despacho del comisario con el Sr. Vidal y Planas, al que interrogó extensamente.

Poco después de prestar declaración ante el juez de guardia, y cuando la Comisaría del Centro se encontraba llena de amigos y periodistas, apareció Vidal acompañado del comisario Sr. Alcón y de varios agentes. Al ver en la sala a su novia, Elena Manzanera, Vidal se dirigió hacia ella, y estrechándola y besándola fuertemente, le dijo:

—No tengas cuidado, que no pasará nada.

Después abrazó y besó a varios amigos, a los cuales explicó, aunque brevemente, cómo sucedió el lamentable incidente:

—Discutimos —dijo—, se abalanzó sobre mí, me echó las manos al cuello y aseguré que iba a ahogarme. No tenéis cuidado —repetió.

Y entre sollozos suyos y de sus amigos, se despidió de todos.

Se despidió también, emocionadísimo, de su novia, y en un coche, fue trasladado a la Cárcel Modelo, siendo acompañado de dos agentes.

**La noticia a la esposa de la víctima.
Suspensión de las funciones en Eslava.**

D. Gregorio Martínez Sierra y la Sra. Bárcena no se encontraban en el teatro cuando ocurrió la tragedia, llegando a éste una vez que se había verificado y se habían llevado al agresor y al herido.

La Sra. Bárcena quedó profundamente afectada al conocer lo ocurrido, habiendo necesidad de hacerle ingerir un calmante.

El Sr. Martínez Sierra, acompañado del representante de la compañía y su secretario, el actor Sr. Gabaldón, se dirigieron acto seguido al domicilio de Antón del Olmet para prevenir a la esposa del trágico suceso.

El Sr. Martínez Sierra suspendió las funciones anunciadas para la tarde y la noche en señal de duelo por lo ocurrido, haciéndose así constar en los avisos fijados en las carteliterías de la fachada del teatro.

Un poco de historia.

Luis Antón del Olmet y Alfonso Vidal y Planas estaban unidos por una íntima amistad, en la que hubo frecuentes alternativas, propias de dos espíritus combativos, como así eran los protagonistas de este drama.

Cuando Antón del Olmet dirigía *El Parlamentario*, Vidal y Planas fue redactor de dicho periódico, donde publicó numerosos trabajos, entre los que destaca la serie de informaciones titulada —esto ocurría en pleno fragor de la gran guerra europea—: «¿Por qué es usted francófilo?».

Desde aquella fecha —año 1917—, Antón del Olmet y Vidal y Planas, mantuvieron constantes relaciones literarias.

Cuando Vidal estrenó su famoso drama *Santa Isabel de Ceres*, fue Antón del Olmet uno de los más cálidos y fervorosos panegiristas de la obra y, convencido de que el procedimiento teatral empleado por su amigo merecía seguir en práctica, escribió a su vez, otro drama de índole semejante, titulado *¡Mala madre!*, que se estrenó con gran éxito en provincias por la compañía Tudela-Monteagudo, la misma que dio a conocer, por vez primera en Sevilla, la producción escénica de Vidal.

En la pasada primavera, reciente el gran éxito alcanzado en el Eslava por *Santa Isabel de Ceres*, se formó una compañía para explotar dicha obra en provincias.

Al frente de esta compañía iban los actores Sres. Fuentes y Vargas, quedando la dirección artística al cargo del propio Vidal y Planas.

Éste pidió a sus autores amigos algunas obras de teatro para ser representadas a la par que *Santa Isabel de Ceres*. Y huelga decir que uno de los primeros dramas que la compañía estrenó en provincias fue *¡Mala madre!*, de Antón del Olmet.

Al poco tiempo, y por diferencias artísticas que no hacen al caso, Vidal y Planas se creyó obligado a renunciar a la dirección de la compañía Fuentes-Vargas, y regresó a Madrid.

Entonces, el primer actor, Sr. Fuentes, requirió a Antón del Olmet para que se encargase de dirigir las acciones de la compañía, que, tras explotar suficientemente *Santa Isabel*, quería seguir cultivando el mismo género realista.

Aceptó Olmet el encargo, y la compañía, en efecto, continuó sus actuaciones por toda España.

Todo lo cual parece que molestó a Vidal y Planas, quien, en uno de los frecuentes viajes de Antón del Olmet a Madrid, pidió entrevistarse con él. Ambos compañeros tuvieron un fuerte altercado y la íntima amistad que los unía quedó rota de momento.

Sin embargo, al poco tiempo, hacían de nuevo las paces. No había en realidad motivos suficientes para reñir por aquella divergencia. Y además, puede afirmarse que Antón del Olmet, más sereno, más dueño de sí que el impetuoso y febril Vidal y Planas, dominaba a éste con facilidad, obligándole a rectificar en muchas ocasiones sus im-



**El cadáver de Antón del Olmet.
Traslado al Depósito.**

El cadáver de Antón del Olmet ha permanecido casi toda la tarde en la Casa de Socorro, sobre la mesa de operaciones. Se mostraba intensamente pálido, como dormido, sin reflejar en su rostro huellas de sufrimiento.

En el benéfico establecimiento se han personado gran número de fotógrafos, periodistas y escritores. Uno de los primeros en llegar ha sido el sacerdote y poeta. D. Antonio Rey Soto, amigo íntimo del finado. Ante el cadáver se ha desarrollado una tristísima escena, que se ha repetido conforme acudían al centro familiares y amigos del infortunado periodista y escritor.

A las cinco y media de la tarde, y cumpliendo órdenes del Juzgado, el cuerpo de Antón ha sido dispuesto en un sencillo féretro negro, y un furgón lo ha conducido al Depósito.

La fatalidad.

D. Mariano Serrano, empresario del Teatro Nuevo de Barcelona, tenía empeño en que Antón del Olmet saliese ayer mismo en el rápido con destino a dicha ciudad, a objeto de asistir al estreno de *¡Responsables!*

Antón del Olmet pensaba ir, pero a última hora desistió del viaje y se quedó en Madrid.

El Juzgado en el Teatro Eslava.

Desde la Comisaría, el Juzgado se trasladó al Teatro de Eslava, donde practico una detenida inspección ocular del lugar del suceso, y empezó a tomar declaración a las personas allí presentes cuando el drama.

La mayor parte del tiempo la empleó el juez en tomar declaración al contador, D. Acisclo Gil, al actor D. Carlos Muñoz Baena, y al portero D. Julio Solsona. A este último le preguntó el juez si los señores Antón del Olmet y Vidal y Planas entraron excitados en el saloncillo.

El portero se limitó a manifestar que cuando el Sr. Vidal y Planas entró, le rogó que cuando llegase el Sr. Antón del Olmet le dijera que aguardaba en el saloncillo, y que ni en Alfonso ni en Luis notó signo alguno de excitación o acaloramiento.

El juez realizó después la inspección ocular, que fue muy detenida, examinando los muebles y apreciando cuantos detalles pudieran servir a la reconstrucción del suceso.

Terminada esta labor, el juez marchó al Juzgado de Guardia para ordenar las diligencias oportunas.

critores dio por resultado que ambos planeasen y escribiesen, en colaboración, un drama rural de caciques y ruindades pueblerinas, que llevó por título *El señorito Ladislao*. Este drama, recio, efectista, hecho pensado en el público sano y poco exigente de la galería, fue estrenado en Zaragoza por la compañía de Ramón Gautellas, y obtuvo un éxito entusiasta.

En el pasado mes de noviembre, la compañía que dirigía el actor Sr. Monteagudo estrenó también *El señorito Ladislao* en el Teatro de la Zarzuela de Madrid.

Aquí, sin ser del todo adversa la suerte corrida por el drama, no obtuvo el mismo éxito que en Zaragoza. Por otra parte, la crítica juzgó la obra con excesiva severidad.

Elo dio lugar a que Antón del Olmet, en un suplemento de *El Parlamentario*, publicase un vibrante artículo combatiendo a los críticos teatrales y a los que gozan acudiendo a los estrenos para reventar obras.

Este artículo molestó mucho a Vidal y Planas, porque anunciado ya en el Eslava el estreno de su tragedia *Los gorriones del Prado*, suponía que el furibundo ataque dirigido por Olmet a los críticos, podía venir en su perjuicio más adelante.

Con este motivo surgió entre Vidal y Antón del Olmet una nueva desavenencia. Pero otra vez vinieron las paces amistosas, pues, en realidad, los dos escritores se tenían verdadero afecto.

Hasta tal punto se puede afirmar esto, que Antón y Vidal hablaron recientemente de escribir a dos manos una nueva comedia.

El jueves por la noche quedaron citados en el café Lyon d'Or. Ambos acudieron a la cita. El primero en llegar fue Alfonso Vidal y Planas, al que acompañaba una señorita, novia suya, llamada Elena Manzanares.

Antes de que Antón del Olmet llegase al café, un amigo de éste, el periodista José de Torres Bernal, habló con Vidal acerca de las pasadas divergencias. Parece que Vidal le contestó con mucha acritud, y que terminó por decirle dándole la espalda:

—No te metas en mis asuntos con Antón, porque aunque seas un valiente, no te tengo miedo.

Al poco, llegó Antón al Lyon d'Or, y como fuera que había mucha gente y no podía hablarse con la debida tranquilidad, decidió irse con Vidal y la señorita Elena al café de Platerías.

En efecto, allí se dirigieron los tres, y Vidal y Antón hablaron de la obra de teatro. Vidal tenía ya escrito el primer acto y se lo entregó a su colaborador para que lo arreglase y se animase así a escribir el segundo, mientras él planeaba el tercero.

De lo ocurrido en aquella cena entre los dos amigos y la señorita Manzanares, nada realmente se sabe; pero algo debió ocurrir, según se afirma, algo que vendría a determinar el sangriento suceso.

La mañana de hoy.

Hoy por la mañana, Vidal y Planas fue, según su costumbre, a desayunar al café de Puerto Rico. Allí se encontró con un entrañable amigo suyo, el escritor Miguel Pascual, que acababa de regresar a Madrid tras un viaje de dos meses.

Pascual, que desde su retorno no había visto a Vidal y Planas, habló con él y le pidió informaciones de lo ocurrido en el estreno de *Los gorriones del Prado*.

Vidal, tocado y herido en la cuerda sensible, contó al amigo sus amarguras, y a medida que hablaba, fue exaltándose, sin que Miguel Pascual lograra contenerle.

Excitado Vidal y Planas por sus mismas palabras, llegó a levantarse y abandonar el café a toda prisa, diciendo a Miguel Pascual:

—¡Además, tengo que matar a Antón del Olmet! ¡Lo juro!

Miguel Pascual vio a su amigo en tal estado de ánimo, que salió tras él y, aunque marchaba a buen paso, logró alcanzarle en la calle de la Cruz.

Le hizo las debidas reflexiones, lo llevó a otro café, al de la Montaña, y allí, charlando ambos con más sosiego, logró al parecer que Vidal y Planas depusiera en su actitud.

Tanto es así, que cuando terminó la entrevista, Vidal y Planas quiso convidar al almuerzo a Pascual. Éste no aceptó por tener un quehacer muy urgente.

Vidal salió del café con su amigo y lo acompañó hasta la Gran Vía, donde se separaron.

Poco más tarde se dirigía Vidal y Planas al Eslava y se desarrollaba el suceso en la forma que aquí les informamos.

Lo que dice la señorita Elena.

Durante su permanencia en la Comisaría del Centro, pudimos hablar breves momentos con la novia del Sr. Vidal y Planas, que se encontraba en el estado de ánimo que es de suponer. A las preguntas de los informadores contestó lo siguiente:

—No puedo explicarme lo que ha ocurrido. Anoche estuvimos los tres cenando en el café de Platerías. Alfonso leyó a Luis el primer acto de un nuevo drama y le ofreció la colaboración. Antón del Olmet aceptó, y aun se llevó el original en el bolsillo para terminar la obra. Nada hacía suponer esta desgracia.

»Juntos nos marchamos del café de Platerías, haciendo chistes y riéndonos mucho, por cierto. Acompañamos a Luis, a eso de las doce y media, hasta el café Lyon d'Or, y allí nos separamos con gran cordialidad. Después, Alfonso y yo nos retiramos y aún estuvimos juntos, y hemos continuado hasta esta mañana, a las doce y media, que nos hemos despedido. Lo que haya ocurrido, lo que hayan podido decirle a Alfonso, tiene que haber sido después de esa hora.

**Para el alumbrado de grandes espacios
no sirve otra lámpara sino la
PHILIPS DE MEDIO WATIO**

LA ÚNICA QUE NO DA DISGUSTOS

FABRICACION HOLANDESA

GUILLERMO STOON
MADRID